

LECCIÓN 5.^a EL PROBLEMA ANTROPOLÓGICO (II)

Para la recta comprensión del problema antropológico es preciso analizar los conceptos de alma, espíritu, cuerpo y carne, conforme al sentido que las Sagradas Escrituras confieren a los diversos componentes de la persona humana, ya que dichos conceptos no quedan suficientemente explicitados en la mayor parte de las traducciones de la Biblia a los idiomas modernos.

1. Alma (griego: «psyque»)

El «alma» es, para la Biblia, el principio de vida natural que anima al cuerpo (cf. Gen. 2:7). Es sinónimo de vida: «exponiendo su vida (psyque) para suplir lo que faltaba...» (Fil. 2:30). También usa muchas veces la Biblia este vocablo, por sinécdoque, como sustitutivo de «persona»; «se añadieron aquel día como tres mil personas (psyhai)» (Hech. 2:41).

En el pensamiento de Pablo, el alma (psyque) es el principio de toda vida física en el hombre. Pero el hombre que sólo tiene psyche (hombre «almado», natural; o «animal», de ánima) es incapaz de comprender las cosas de Dios; le son locura (1.^a Cor. 2:14).

2. Espíritu (griego: «pneuma»)

El «espíritu» es lo que hace de nosotros unos creyentes auténticos, verdaderos. Nos une con Dios. pues es por el espíritu como podemos entrar en comunión con el Señor: «Que la gracia del Señor sea con vuestro espíritu. Amén» (Gal. 6:18. Cf. Fim. vers. 25). Este pneuma constituía la personalidad cristiana, al decir de Pablo. Cuando el apóstol bendice a los creyentes, no lo hace como dirigiéndose simplemente a hombres con psyche o vida natural, sino como a hombres regenerados (pneumatikós = espiritual) en quienes habita y obra el Espíritu Santo (Pneuma Agion) de Dios.

Se equivocaría quien pretendiese deducir de pasajes como 1.^a Tesalonicenses 5:23 una especie de tricotomía. El alma y el espíritu no son dos partes distintas, como ingredientes diversos, junto con el cuerpo, de la persona humana, sino más bien a la manera de una habitación con dos ventanas: una, para asomarse a las cosas de arriba; otra, para asomarse a las cosas de abajo (V. Col. 3:2).¹⁹

3. Cuerpo (griego: «soma»)

Para S. Pablo, el vocablo «cuerpo» tiene tres acepciones :

A) El cuerpo como cosa neutra, propiedad de cada ser humano. Los paganos deshonran sus cuerpos por los excesos que llevan a cabo con ellos y en su perjuicio (V. Rom. 1:24).

B) El cuerpo imperfecto, débil, instrumento de nuestros caprichos que puede hacernos correr graves riesgos: cuerpo de pecado (Rom. 6:6); el cuerpo mortal.

C) El cuerpo redimible. Este cuerpo débil y decadente que todos tenemos puede ser dominado (1.^a Cor. 9:27); no es incurable. Puede ser salvo (Rom. 8:23) o transformado (Fu. 3:21). Puede ser ofrecido en el servicio de Dios como parte integrante, y expresión notoria, del sacrificio total del creyente (Rom. 12:1). Y así podemos glorificar a Dios mediante nuestro cuerpo (1.^a Cor. 6:20). Nuestro cuerpo puede ser también templo del Espíritu Santo (1.^a Cor. 6:19). Ciertamente, para Pablo el cuerpo no era algo esencialmente malo, perverso per se. Dada su naturaleza, en decadencia tras el pecado original, perecerá y volverá al polvo (Gen. 3:19). Pero resucitará (Jn. 5:29). Su poder para el bien o para el mal, depende de quien lo controle: Dios o el pecado.

4. Carne (griego: «sarx»)

La palabra griega sora: se traduce generalmente por «carne», pero este vocablo no expresa todo lo que el término sarx significa para Pablo. Incluso se presta, a veces, a interpretaciones

erróneas.

¿Cuál es su sentido? Lo expresaremos en pocas palabras: Sarx es el enemigo mortal del Pneuma. Dentro de nosotros se libra una especie de guerra civil, y tiene por antagonistas a la carne (sarx) y al espíritu (pneuma). Por eso afirma Pablo que los dos se oponen entre sí (Gal. 5:17).

«Carne» significa, unas veces, mucho más que «cuerpo», y otras veces no tiene nada que ver con él. Los «pecados de la carne» son muchos más que los que se cometen con el cuerpo. Cuando Pablo enumera las obras de la carne» (Gal. 5:19-21), comienza por la inmoralidad sexual, pero continúa con las querellas, las envidias, la animosidad, etc., que no tienen nada que ver con las operaciones del cuerpo físico.

El apóstol emplea también el término «carne» para hacer alusión a una condición física; un vivir en el cuerpo mortal. Así se refiere a la circuncisión física, en contraste con la del corazón (Rom. 2:28). y emplea el término sarx para referirse a la primera. En este caso, sarx se aproxima a soma en su condición de debilidad natural (comp. con Jn. 1:14 y Heb. 5:7). Por eso encontramos el término soma: en frases como «una enfermedad del cuerpo», y »la prueba que tenía en mi cuerpo» (Gal. 4:13, 14). ¿Por qué no usó Pablo el vocablo soma? Tenemos que penetrar en el vocabulario del apóstol y tratar de comprender lo que él quería decir al usar el término sarx:

A') El hombre terreno: un alma encarnada; es decir. un cuerpo habitado por un alma; la condición terrena, débil y frágil de nuestra existencia aquí y ahora (Rom. 7:18 —donde, sin duda, se refiere no sólo al cuerpo, sino a la totalidad del ser caído en sus inclinaciones pecaminosas—; 2ª Cor. 7:5; Gal. 1:16. Cf. Jn. 1:13; 17:2).

B') El hombre terreno, pero regenerado, que está en la sarx y «en Cristo» al mismo tiempo (Gal, 2:20: Flm. vers- 16). En Hebreos 9:13 la sarx aparece purificada.

C') El hombre terreno, contaminado y pervertido por el pecado (1.ª Cor. 3:3; Jud. Vers. 8).

Resumiendo: SARX en griego, como BASSAR en hebreo, se traducen por CARNE en castellano, porque resulta difícil hallarles un equivalente en nuestro idioma. Su sentido puede abarcar los conceptos siguientes:

- a) El cuerpo animado por el espíritu.
La presencia de una libertad personal en un cuerpo natural.
- b) El alma presente en el cuerpo.
El ser vivo en la totalidad de su personalidad corporal.
- c) La personalidad encarnada (hecha carne).
La persona.
- d) La realidad humana aquí y ahora.
La condición caída, sometida a toda servidumbre de pecado y debilidad.
- e) El hombre distanciado y diferenciado de Dios.
- f) No acostumbraban los judíos a denominar «carne» al cadáver, porque para ellos había quedado reducido a la condición de simple cuerpo, objeto inanimado y no persona.
- g) Para la mentalidad hebrea, la prostituta es condenable porque sólo entrega el cuerpo, pero no la sarx (es decir, retiene la estimación de su corazón y no ofrece su persona); no se da en plena libertad amorosa y personal, en contraste con la esposa amante, que entrega al amado su personalidad completa.

Así SARX une la idea de totalidad de la persona (cuerpo y alma), de acuerdo con las condiciones en que tiene que vivir en este mundo. SARX une indisolublemente el SOMA con la PSYQUE y da expresión a las condiciones terrenas de dicha unión.

5. ¿En qué consiste el pecado de la carne?

Si quisiéramos precisar en términos metafísicos la naturaleza del «pecado de la carne», diríamos que consiste en convertir lo relativo en absoluto. De ahí la calificación de «idolatría», pues equivale a elevar a la categoría de ídolo cualquier cosa del cuerpo, de la mente o del corazón: cualquier cosa terrena y sometida al presente orden pecaminoso, perdiendo así su perspectiva eterna («sub specie aeternitatis», en el sentido de Tomás de Aquino, no en el de Spinoza). En Gálatas 5:17 no se trata de la lucha de la carne corporal contra nuestro espíritu, sino de la «carne» como idolatría del estado presente de cosas, contra la dirección del Espíritu de Dios. Son, pues, dos sistemas, dos maneras de entender la vida, diametralmente opuestos.

Así SARX puede significar mala dirección y mala perspectiva; es la sabiduría carnal (1.^a Cor. 1:26; 2:14).

La realidad presente equivale a una organización molívilizada contra Dios; posee su gobierno (1.^a Cor. 2:6, 8, comp. con Ef. 6:12), su dios o príncipe (2.^a Cor. 4:4, comp. con Ef. 2:2), su espíritu o corriente cultural que modela una mentalidad mundana (1.^a Cor. 2:12, en contraste con B vers. 16), y sus elementos (Gal. 4:3; Col. 2:8, 20). Comporta, por lo tanto, una tensión (Gal. 2:20) el vivir en medio de dichas realidades. Se puede estar en la carne para bien (Gal. 2:20) y para mal, compartiendo la rebelión contra Dios (Rom. 7:5; 8:7-9); una mente carnal, sometida al dictado de lo mundano, del orden actual de cosas; ni se sujeta a la ley de Dios, ni tampoco puede hacerlo. En la realidad, no quiere, porque detesta todo lo espiritual.

De modo que la SARX no es mala en sí misma, per se, sino cuando se halla acondicionada a la realidad del mundo en que vive y del que ella misma forma parte integrante. Emborrachada de esa atmósfera de enemistad contra Dios, la SARX adopta una actitud que equivale a negar la realidad misma de la situación del hombre delante de Dios. No expresa sólo un desorden interno entre las diferentes partes que integran el ser humano (desde luego, también implica esto), sino una proterva y total incapacidad de relacionarse con Dios y con el prójimo en una relación de amor genuino.

La SARX es lícita y buena cuando vive en el mundo de Dios y para Dios. Es condenable cuando vive para el mundo y sin Dios.

6. Proyección de estos conceptos sobre la escatología

De todo esto se deduce que lo que sobrevive a la muerte no puede ser planteado en términos de «algo», sino de «alguien». La esperanza cristiana definitiva, total, es la salvación completa del hombre en la totalidad de su persona. Esto explica por qué el hecho de la resurrección de Cristo no es solamente la constante preocupación apologética de los apóstoles en su presentación del Evangelio tanto a judíos como a gentiles, sino que constituye, al mismo tiempo, la gran esperanza para los creyentes, porque, unidos a Cristo, participarán del triunfo de su muerte y resurrección. Sirva para corroborar nuestro aserto el mencionar, no ya éste o aquel texto aislado, sino todo el libro de Hechos de los Apóstoles, donde puede comprobarse cómo la resurrección de Cristo, y la de los redimidos por Cristo, es el núcleo central de la predicación apostólica.

Ciertamente, los países latinos han perdido este énfasis apostólico de la primitiva Cristiandad.

Notas:

19. Esta dignidad del cuerpo humano fundamenta toda la ética sexual del Nuevo Testamento (cf. O. Cullmann, o. c.). La unión conyugal es signo de la unión con Cristo —ya para Israel lo era de su comunión con Yahveh (Oseas)—: nuestra unión con el Señor es algo tan íntimo y personal que sólo puede compararse a la unión marital, cuando dos personas se constituyen en una sola carne. De allí la incompatibilidad entre el cuerpo de Cristo (que lo forman nuestros miembros) y el cuerpo de una ramera (1.^a Cor. 6:15, 16); uniones tan dispares son una monstruosidad. Nuestro cuerpo es para el Señor (1.^a Cor. 6:13), y sólo en la íntima comunión de los esposos la unión del creyente con su Señor halla un signo lícito, querido y apropiado (Ef. 5:38). Hasta tal punto es esto así, y eleva la dignidad del matrimonio, que el cónyuge incrédulo casado

con otro converso es «santificado» por éste, dada la naturaleza paralela —aunque a niveles infinitamente distintos, si bien no menos parecidos— de los vínculos de ambas relaciones: las matrimoniales, y las espirituales E del creyente con su Señor y Salvador (1ª Cor. 7:14). Las bases de la moral sexual son, pues, como ha demostrado Cullmann, eminentemente cristológicas. Y es interesante observar que haya sido un apóstol soltero (o viudo), por exigencias de oportunidad misionera y vocación natural, el que nos haya transmitido esta enseñanza profunda y alentadora acerca de la dignidad de las relaciones sexuales entre hombre y mujer, correspondientes (Ef. 5:29) a la relación que se da entre Cristo y su Iglesia (cf. también F. Lacueva. *Ética cristiana*, pp. 178 y ss, y *Sexo y Biblia*, de varios autores).